



## CAPÍTULO XV <sup>(1)</sup>

Anibal en Italia.—Los Escipiones en España (de 219 ántes de J. C. á 211).—Declaracion de guerra entre Roma y Cartago.—Combates y triunfos de Anibal.—Venida de Cneo Escipion á España.—Bate al cartagines Hannon y le derrota.—Venida del cónsul romano Publio Escipion, hermano de Cneo.—Casi todos los pueblos de España se declaran por los romanos.—Los Escipiones se apoderan de Sagunto.—Angustiosa situacion de los cartagineses.—Se recobran, y vencen en dos grandes batallas.—Masinisa.—Mueren los dos Escipiones.—Congoja de los romanos.—Arrojo y heroicidad de Lucio Marcio.—Hace cambiar de nuevo la suerte de las armas.—Claudio Neron en España.

Profunda impresion causó en Roma la noticia de la destruccion de Sagunto, que llegó al mismo tiempo que sus embajadores regresaban de Cartago. Figurábanse ya ver al intrépido africano franqueando los Alpes, y aún se le representaban á las puertas de la soberbia ciudad. Conocieron entónces de cuánto era capaz el jóven capitán cartagines. Lo que al senado inspiró terror produjo indignacion en los ciudadanos; acusábanle éstos de haber sacrificado por su indolencia y flojedad una ciudad aliada, y de haber comprometido el buen nombre de la república; difícilmente podía el senado justificarse de estos cargos. Era ya la guerra una necesidad; la guerra estaba en el sentimiento público, y pueblo y senado unánimemente la resolvieron.

Todavía, sin embargo, envió Roma nueva embajada al senado cartagines para preguntar si la destruccion de Sagunto habia sido obra de Anibal solo, ó si habia obrado con acuerdo y de mandato de la república. La respuesta no fué ni más explícita ni más satisfactoria que las anteriores. La segunda guerra púnica entre Roma y Cartago quedó declarada.

Vinieron entónces á España aquellos mismos embajadores romanos al propósito de negociar alianzas con los naturales del país; y remontando por la ribera del Ebro, fácilmente se granjearon la amistad de los bargusios, pue-

(1) *Historia de España*, por el ilustre escritor don Modesto de Lafuente, tomo I, pág. 220.

blos cercanos á los ilergetes, que disgustados de la dominacion cartaginesa deseaban cambiar y mejorar de fortuna. Otras pequeñas poblaciones y tribus de las márgenes del Ebro abrazaron, á ejemplo de los de Bargusia, el partido de Roma. No así los volcios, que con desdeñosa mofa: «Id, les dijeron, id á buscar aliados allí donde la suerte de los saguntinos sea ignorada. Las ruinas de aquella desgraciada ciudad son para todos los pueblos de España una leccion saludable, que les enseña lo que se puede fiar del senado y del pueblo romano (1).» Dura y áspera respuesta, pero har to bien merecida, y en bocas rústicas admirable. Iguales ó parecidas contestaciones recibieron de otros pueblos de España. Disgustados de este desabrimiento los senadores, dejaron la Peninsula y partiéronse á la Galia Narbonense, donde en vano solicitaron tambien de aquellas gentes la declaracion de negar á Anibal el paso por sus tierras, si por acaso, como temian, se dirigiese por allí á Italia. Limitáronse los galos prudentemente á guardar neutralidad, sin dejar por eso de aparejarse en armas, y estar preparados para lo que acontecer pudiese; con lo que más y más desazonados aquellos negociadores tuvieron por bien regresar á Roma por Marsella.

Anibal, retirado á cuarteles de invierno en Cartagena despues de la toma de Sagunto, habia concedido licencias temporales á sus tro-

(1) Polib., lib. III.

pas, con la órden de que se hallasen de nuevo reunidas en aquella ciudad en la primavera inmediata. Admirable organizacion de los ejércitos de aquel tiempo, en que siendo el servicio de las armas un contrato voluntario entre los soldados y los jefes, la religion del juramento era la que mantenía la disciplina. Aprovechó él mismo aquel descanso para ir á dar gracias á los dioses en el templo de Hércules de Cádiz, y ofrecerles nuevos sacrificios y votos para que le asistiesen propicios en la grande empresa que meditaba.

Hecho esto, y llegada la primavera, reunidas otra vez en Cartagena sus tropas, enviados á África sobre quince mil españoles para que guarnecieran á Cartago, y traídos de allí casi otros tantos africanos para la defensa de España, que encomendó á su hermano Asdrúbal, dejándole además cincuenta galeras que poder oponer á las fuerzas marítimas de los romanos, recogidos los rehenes de las ciudades confederadas en el castillo de Sagunto, que confió al cartagines Bostar, púsose en marcha á la cabeza de noventa mil peones, doce mil caballos y cuarenta elefantes. Franquea el Ebro con aquel formidable ejército compuesto de soldados de diferentes naciones: sujeta de paso á los ilergetes, á los bargusios, á los ausetanos y lacetanos: deja al cargo de Hannon la defensa de los países situados entre el Ebro y los Pirineos con un cuerpo de once mil hombres: entrega á Andúbal, rico español con quien habia hecho amistad, los bagajes del ejército, y metióse por las asperezas de aquellos montes. Supo allí que tres mil carpetanos, disgustados de verse llevar á tierras tan lejanas, habian abandonado sus banderas, y léjos de mostrar desazon por ello, licenció espontáneamente á otros siete mil españoles que conoció le seguian de mal grado, con cuyo ardid hizo entender que habia licenciado tambien á los primeros. Singular y astuta táctica la de aquel caudillo. Pasa, pues, los Pirineos, sujeta ó tranquiliza los galos de la vertiente septentrional, y campa á orillas del Ródano.

Verifica luégo el paso de este rio, y el de los Alpes cubiertos de nieve (Octubre de 218 ántes de C.)

Ya hemos hablado en el lugar correspondiente de esta historia de la admirable campaña de Anibal en Italia y de los desastres que hizo experimentar á Roma.

De otro modo marchaban las cosas en España para los romanos que allá en Italia. Arribado que hubo Cneo Escipion, el hermano de Publio, á Ampúrias, primer pueblo español en que penetraron las águilas romanas, procuró atraer á sus banderas á los naturales, que descontentos de los cartagineses, sin gran dificultad aceptaron la alianza de un hombre que se presentaba, no como conquistador, sino como reparador del agravio hecho á los saguntinos. Tal era la política de Roma. Así dominó pronto toda la costa oriental desde los Pirineos hasta el Ebro (218). Pero necesitaba el romano adquirir el prestigio de vencedor y adornarse con la aureola del triunfo. Proporcionósele Hannon, á quien vimos habia encomendado Anibal la defensa de esta parte de España, con una batalla en que sucumbieron cinco ó seis mil cartagineses, quedando prisionero él mismo y cayendo además en poder de los romanos los bajeles que Anibal, al pasar á las Galias, dijimos habia dejado confiados al español Andúbal. De buen agüero fué para los supersticiosos romanos el resultado del primer combate que se daba en España entre las armas de las dos repúblicas.

No fué más venturoso Asdrúbal en una expedicion marítima que para vengar el desastre de Hannon emprendió la primavera siguiente. Cuarenta naves cartaginesas habian salido de Cartagena á las órdenes de Himilcon, mientras Asdrúbal con el ejército marchaba por tierra costeando en la propia direccion para proteger la escuadra. Súpolo Cneo, y partiendo de Tarragona con una armada de treinta y cinco velas, logró sorprender la de Cartago á las bocas del Ebro; apresó veinticinco naves, echó las otras á pique ó las hizo barar en la costa, y enseñoreando aquellas aguas dióse á correr con su victoriosa escuadra todo el litoral desde el Ebro hasta el cabo Martín, saqueando depósitos y talando los pueblos y campiñas de la costa, incendiando hasta los arrabales de Cartagena, sin que Asdrúbal hubiese podido hacer más



que alcanzar á ver la catástrofe con el descon-suelo de no poder repararla, y seguir por tierra con piés y con ojos los rastros de la armada romana y ser testigo de los estragos que iba haciendo, hasta que tuvo por prudente retirarse á Cádiz mientras el romano daba la vuelta por Ibiza á Tarragona. Así reparaba Cneo Escipion en España por tierra y por mar los reveses que en Italia sufría Roma en el Tesino, en Trebia y en Trasimeno (217).

En Italia, naciones enteras, antiguas aliadas de Roma, se levantaban en favor de Anibal victorioso: en España, naciones enteras, aliadas de Cartago, ofrecían su alianza á Escipion triunfante. Más de ciento veinte pueblos españoles se confederaron con Cneo Escipion, principalmente celtíberos, gente poderosa y de brío, con cuyo auxilio pudo Cneo hacer una atrevida correría hasta Castulon, centro de la dominacion cartaginesa.

Sólo los ilergetes, capitaneados por dos ré-gulos, Indivil y Mandonio, se atrevieron á tomar las armas contra los romanos y á entrarse tumultuariamente en sus tierras. Á juzgar por los discursos que los historiadores ponen en boca de aquellos dos caudillos, fué el primer grito de independencía que se levantó en España contra el poder romano, y en general contra toda dominacion extranjería. «No os fieis, decían, de unos extranjeros que con pretexto de «abatir el orgullo de los cartagineses vienen á quitaros vuestra libertad y usurparos vuestros bienes. Así han venido ántes los griegos, así los mismos cartagineses, prometiéndonos felicidad con dulces palabras, para levantarse despues con el mando y ponernos una vergonzosa servidumbre. ¿Qué, necesitamos de auxilio de los romanos para sacudir el yugo de los cartagineses? Los que se han unido á ellos son traidores á su patria y á su libertad.» Si aquellos dos jefes hubieran sido más afortunados, si su voz hubiera encontrado eco entre sus compatriotas, hubieran podido pasar por los primeros restauradores de España. Pero enclavado el país entre pueblos confederados de Roma y auxiliados por un cuerpo de tropas con que acudió Escipion, fácilmente dieron cuenta de los sublevados, y Asdrúbal,

que se habia acercado á fomentar aquellas alteraciones, sufrió dos grandes derrotas por los briosos celtíberos, que esparcieron el terror por el campo cartagines (1).

Era tal la importancia que daba el senado romano á la guerra de España, que con admiracion vemos cuidaba de atenderla con preferencia á la de Italia misma, no obstante lo envalentonado y pujante que allí se ostentaba Anibal. Envió, pues, á España treinta galeras con 8.000 hombres y gran provision de vituallas, al mando de Publio, hermano de Cneo, el mismo que cuando se declaró la guerra habia sido destinado á este país. Acordaron los dos hermanos hacer un movimiento sobre la desgraciada Sagunto. Sabían cuánto gusto daban en esto á los españoles, y la política de Roma era ganarles las voluntades. Un concierto entre Abelux ó Abeluze, noble saguntino, y el gobernador del castillo, el cartagines Bostar, les puso entre las manos los rehenes que en la fortaleza de Sagunto habia dejado Anibal, á condicion de que habrían de entregarlos libres á sus familias. Cumpliéronlo así los Escipiones, y aquel rasgo de generosidad les captó á los romanos gran partido entre los españoles. Enturbióles la alegría de aquel suceso la noticia que recibieran de la funesta derrota de Cannas (216). Ellos, como fuese llegado el invierno, levantaron el campo de las cercanías de Sagunto, y se volvieron á invernar á Tarragona.

El senado cartagines mandó á Asdrúbal que pasase á Italia. Expuso el general los riesgos que con esta partida correría la España toda, si ántes no se le enviaba un sucesor con fuerzas suficientes para contener á los españoles; y en ello tenía razon sobrada, puesto que acababan de darle no poco que hacer los tartesios, que incitados y capitaneados por Galbo, se le habian rebelado y puéstole en más de un apuro, aunque al fin lograra sosegarlos despues (2). En su virtud vino Himilcon, nombra-

(1) Tit. Liv., lib. XXII.

(2) Livio escribe *cartesios* por *tartesios*, lo que ha dado lugar á versiones y conjeturas que no nos parecen necesarias.



do gobernador de España, con grueso ejército, y á Asdrúbal se le repitió la órden de pasar á Italia. Obedeció éste, aunque no de buen grado, y púsose en marcha la vuelta del Ebro. Importaba á los Escipiones estorbar á toda costa su proyecto, y saliendo á encontrarle halláronse de frente cerca de aquel rio. Trabóse allí una reñidísima batalla, en que pelearon los romanos como si de ella dependiese la suerte de Roma, y áun el señorío del mundo. Abandonaron muchos españoles á Asdrúbal, y sirviéronle ya poco al cartagines su pericia y sus personales esfuerzos. Veinticinco mil africanos quedaron en el campo: prisioneros diez mil. Recogióse Asdrúbal con las cortas reliquias de su ejército á Cartagena. Casi todos los pueblos de España se unieron al partido de los romanos (1).

Roma, exhausta de recursos, incansable en enviar auxilios, hallaba en la generosidad de los ciudadanos con que subvenir á las necesidades del ejército de España, que eran muchas, y los Escipiones observaban la política de no disgustar con exacciones al país conquistado. Cartago, que tampoco escaseaba los refuerzos, volvió á enviar otras sesenta naves con 12.000 infantes y 1.500 caballos al mando de Magon, hermano tambien de Anibal y de Asdrúbal. Aliéntanse con esto los cartagineses de España, pero no por eso los alumbró mejor estrella. Los tres generales reunidos se ponen sobre Illiturgi (Andújar), que les habia hecho defeccion, y acudiendo los Escipiones hacen gran matanza en su gente, y les toman 4.000 prisioneros (2). Igual éxito alcanzaron otra vez que volvieron sobre Illiturgi. Pasa despues el derrotado ejército cartagines á acometer á Intibil ó Incibile (entre Teruel y Tortosa), y recibe otro escarmiento: aquí murió Himilcon, capitán esforzado. Ni fueron más afortunados en Bigerra, en Munda (sobre las bocas del Ebro), en Auringis (Jaen); en todas partes eran desbaratados los cartagineses, á pesar de ha-

(1) *Tunc vero omnes prope Hispania populi ad romanos defecerunt.* Tit. Liv., lib. XXIII.

(2) Más de 3.000 infantes, dice Livio, y poco más de 1.000 caballos. Ibid. cap. 34.

ber venido Asdrúbal Giscon en reemplazo de Himilcon. Lo peor era que en Italia se cansaba la fortuna de sonreír á Anibal, y allí tambien se mostraban ya engreidas las águilas romanas. Sólo les quedaba á los cartagineses el genio de Asdrúbal Barcino, que, superior á todos los desastres, es muchas veces vencido, pero jamas desmaya; se retira, pero no sucumbe.

Los Escipiones fijaron sus miradas en la fidelísima Sagunto, que destruida por Anibal y reedificada despues, llevaba ya cinco años en poder de los cartagineses, y estaba siendo afrentoso padron de la fe romana. Dirigiéronse á ella; obligaron á la guarnicion á capitular, y sacándola del dominio cartagines la restituyeron á los pocos vecinos que habian podido sobrevivir á la catástrofe primera (214). Revolviendo despues sobre la capital de los turboletas, los causadores de su anterior ruina, la desmantelaron y arrasaron por los cimientos, vendiendo á sus habitantes en pública almoneda. Devuelta Sagunto á sus antiguos dueños, fué recobrando bajo los romanos su prosperidad; y á esta época deben atribuirse los magníficos restos que han quedado de esta ciudad de gloriosos recuerdos.

Todo parecia conspirar en este tiempo contra Cartago. Anibal empezaba á ser vencido en Italia. En Cerdeña el ejército de Asdrúbal el Calvo era deshecho por Tito Manlio Torcuato. En África un príncipe nómada, nombrado Siphax, llevado de un particular resentimiento, volvía sus armas contra la república, y ofrecía su alianza á los romanos. ¿Cómo no sucumbió Cartago en situacion tan azarosa? Veremos hasta qué punto es caprichosa y voluble la fortuna de las armas, y cuán poco hay que fiar en sus favores.

Los romanos se aliaron con Siphax, á cuya alianza opusieron los cartagineses la de Gala, otro príncipe nómada, á cuyo hijo, nombrado Masinisa, mancebo de grandes y aventajadas prendas, encomendaron hiciese la guerra á Siphax. Dióse el jóven africano tan buena maña en la ejecucion, que bastáronle dos combates para destruir por completo á su contrario. Asdrúbal Giscon le dió en premio por esposa á su hija Sofonisba. Lleno de gloria y de contento



el intrépido Masinisa, pasó á España con siete mil infantes africanos y setecientos jinetes nómadas, deseoso de dar ayuda á su suegro. Refuerzo fué éste que realentó á los abatidos y tantas veces maltratados cartagineses. Y aprovechando la inacción de los Escipiones, que descansaban en Tarragona sobre los pasados laureles, pusieron en marcha con intento de realzar el pensamiento en que tanto había insistido siempre el senado cartagines, el de reforzar á Aníbal en Italia. Asdrúbal Barcino se dirigió al centro de España, dejando un cuerpo de ejército en la Bética, al mando de Magon, su hermano, y de Asdrúbal Gisgon, con Masinisa.

Al saber este movimiento, dividiéronse también los dos Escipiones, y aquello vino á ser la causa de su ruina. Cneo fué contra Asdrúbal Barcino, Publio contra Asdrúbal Gisgon y los otros. Encontró Cneo á Asdrúbal en Anitorgis, Alcañiz. Confiaba el romano en treinta mil celtiberos que acaudillaba, gente valerosa y fiera. Mas halló el astuto cartagines medio de sobornarlos, y abandonaron las filas romanas, que con esta defección quedaron demasiado menguadas, y Cneo tuvo por prudente retirarse y evitar la pelea.

No fué tan afortunado hácia Cástulo su hermano Publio. Acosábale sin dejarle momento de reposo la caballería de Masinisa, aquella caballería nómada que tanto estrago hizo siempre en las falanges romanas. Venía además contra él el español Indibil con siete mil quinientos suessetanos (1): vióse Publio por todas partes cerrado y acometido; sirvióle poco defenderse con bravura; un bote de lanza le atravesó el cuerpo y le derribó del caballo. Con la muerte de Publio se desordenaron sus huestes; la noche libertó á unos pocos del encarnizado furor de los vencedores. No desaprovecharon éstos la victoria. Vuelan á incorporarse á Asdrúbal Barcino, que seguía á Cneo. Encuéntrase éste envuelto por tres ejércitos á la vez: levanta de noche sus reales y se retira, pero la caballería de Masinisa se destaca en su seguimiento: gana el romano una pequeña colina, donde improvi-

(1) Créese que eran los de Sangüesa.

sa una rústica trinchera hecha con los aparejos y tercios de las acémilas: tras este débil y flaco vallado, se defiende con valor prodigioso; pero oprimido por el número, perece con la mayor parte de su gente (1).

Tal fué la suerte de aquel valiente romano (216), el primero que inauguró en España el futuro señorío de Roma. Así acabaron aquellos dos esclarecidos hermanos, cuyas campañas habían sido una cadena de gloriosos triunfos. Así quedaron en un momento desvanecidas las esperanzas que fundaba Roma en los talentos militares de los Escipiones.

Quedábale aún á Roma un genio militar en España; genio con que no contaría la república, porque se ocultaba bajo el modesto uniforme de simple centurion ó capitán de compañía. Este genio era Lucio Marcio, hijo de Septimio Severo, caballero romano.

No se rindió Marcio al desaliento que en los rostros de los fugitivos veía pintado, incluso Fonteyo, único jefe de alguna graduación que quedaba. Ocurrióles á los soldados nombrar general á quien tan osado y resuelto se mostraba. Pero al saber que Asdrúbal, franqueando el Ebro, se le venía encima, y tras él Mayon que seguía sus huellas, turbóseles de nuevo el ánimo, y mustios unos, renegando y maldiciendo de su suerte otros, esperando todos una muerte que miraban como infalible, luchaba y trabajaba el improvisado general por infundirles aliento, sin que su voz apenas fuera escuchada. Entre tanto, el enemigo casi toca á sus reales. Al ver los estandartes cartagineses, produce una transformación mágica en los ánimos de aquellos desdichados; el miedo se trueca en desesperación, la desesperación en coraje, y aquel puñado de hombres, á manera de leones embravecidos, se arrojan sobre los cartagineses, que sorprendidos con tan impetuosa y brusca arremetida, vuelven vergonzosamente la espalda. Todos se maravillaron, los unos de ver huir,

(1) Á cuatro millas de Tarragona se ve todavía un monumento ilustre, que se dice ser el sepulcro de los Escipiones. La batalla de cierto no fué en aquel sitio; pero pudo ser muy bien, y es harto verosímil, que los romanos trasladaran allí sus cenizas, como asiento que era Tarragona de su gobierno.



los otros de verse huyendo. Calculando luego Marcio que los enemigos no esperarían un segundo ataque, conociendo además que si daba lugar á que se les reuniese Magon no quedaba á los suyos manera de salvarse, concede algunas horas de reposo á sus fatigadas y escasas tropas, y en altas horas de la noche se entra á las calladas en el campo y reales de Asdrúbal, que descuidado y sin guardias ni centinelas, dormía. Cansáronse de matanza sus soldados, y sin darse más vagar prosiguieron en busca de Magon, á quien hallaron igualmente desaparecido. Penetran con el mismo ímpetu en sus estancias: era ya de día: Magon y los suyos, á la vista de los paveses y espadas de los romanos ensangrentadas con la matanza reciente, se llenan de estupor y se ponen en fuga: síguelos Marcio, los alcanza, y los romanos se cansan también de degollar: los capitanes cartagineses pudieron escapar á uña de caballo (1).

Marcio salvó con este solo golpe las dos penínsulas: la España venciendo á los cartagineses, la Italia impidiendo la marcha de Asdrúbal, que unido á Aníbal, que todavía se hallaba pujante, hubiera podido poner á Roma en grande aprieto.

Roma no le agradeció tamaño beneficio. En la carta que Marcio dirigió al senado se daba el título de pro-pretor, que debía sólo á la aclamación de los soldados. Tomólo á mal la orgullosa aristocracia romana, y sin dejar de reconocer la importancia de sus grandes hechos ni

(1) Debió tener lugar este suceso cerca de Tortosa. En el campo cartagines se encontró un escudo de plata de ciento treinta y ocho libras de peso, con la imagen de Asdrúbal Barca ó Barcino. Este monumento de las glorias de Marcio fué llevado á Roma y se colgó en el Capitolio. Llamóse *Escudo Marcio*; Tit. Liv., lib. XXXV; Valer. Max., lib. I.

de hacer justicia á sus altas prendas, anuláronle implícitamente, nombrando pro-pretor de España á Claudio Neron, que entonces hacía la guerra de Capua contra Aníbal. El generoso Marcio, no obstante ver tan mal recompensados sus eminentes servicios, llevó tan adelante su desprendimiento, que cuando llegó Neron á España le entregó sin darse por sentido aquellas tropas que le habían aclamado su general, y se puso bajo sus órdenes sin otro pensamiento que el de continuar sirviendo á su patria en el puesto que le designaba. Así el que acababa de dar un ejemplo de admirable heroicidad, dió también un ejemplo de admirable patriotismo.

La elección de Claudio Neron no pudo ser más desacertada, y el senado dió pocas muestras de tino y de cordura en esta cuestión. Desembarcado que hubo en España con 11.000 infantes y 1.000 caballos que de refuerzo trajo (211), fué en busca de Asdrúbal, á quien halló entre Illiturgis y Mantisa en los bastetanos (1). Fáltóle poco para coger al cartagines en el desfiladero de un bosque; pero reconociólo Asdrúbal á tiempo, y entreteniéndolo á Neron so pretexto de negociaciones de paz, hizo una noche desfilar calladamente su ejército, dejando las hogueras encendidas en el campamento para mejor engañar al romano: él mismo despues á presencia y vista de Neron metió espuelas al caballo y se alejó en busca de los suyos. De modo que la única hazaña de Claudio Neron durante su breve mando en España, fué dejarse burlar de la astucia de un cartagines. No merecía su nombramiento la pena de haber desairado á Marcio, y pronto fué otra vez llamado á Roma.

(1) Mariana los nombró ausetanos, indudablemente con error.